

ESTUDIO PRELIMINAR

El 24 de octubre de 1594, el duque Carlo Emanuele I de Saboya, a la cabeza de un ejército de españoles, piamonteses, borgoñones, milaneses y suizos, rindió y ocupó la plaza fuerte de Bricherasio, en el territorio alpino del Piamonte, que defendía una guarnición de hugonotes franceses. Para celebrar la gesta, unos meses después, aunque ya en 1595, se estampó en Turín, capital y corte del ducado de Saboya, una *Relación de la empresa de Briquerás, que hizo el serenísimo duque de Saboya Carlo Emanuel. Compuesta por el alférez Diego Sánchez, hijo del maestro Francisco Sánchez, catedrático de retórica y griego jubilado en la Universidad de Salamanca*, dirigida a «la serenísima señora doña Catalina de Austria, infante de Castilla y duquesa de Saboya». El alférez Sánchez compuso esta *Relación* relatando en ciento treinta y cinco octavas reales unos hechos a los que había asistido en persona y destacando ante la infanta Catalina, hija de Felipe II, las acciones de los españoles durante el asedio y la valerosa intervención del duque, su marido. De este breve poema épico nos han llegado pocos ejemplares, razón por la cual su noticia solo consta en muy raros inventarios bibliográficos, sin que dejara rastro alguno en catálogos o estudios sobre épica española del Siglo de Oro.

Un año después, en «Milán y enero 28 de 1596», está fechado el manuscrito de otro texto épico, que, a pesar de su equívoco título, también se consagró a la toma de Briquerás o Briquerasco, tal como llamaban los españoles a la fortaleza. Se trata de la inédita *Primera parte del valeroso Zaide, compuesta por el reverendo padre fray Francisco de Hermosilla, religioso del orden del glorioso de San Bernardo, natural de San Martín de Valdeiglesias y capellán en el ejército de su majestad*, cuyo original se conserva en la Biblioteca Nacional de España con la signatura MSS/11247. *El valeroso Zaide* era obra de otro miembro del ejército

español, aunque era clérigo y escribía desde el Milanesado, centro entonces del poder de la monarquía hispánica en el norte de Italia. Su poema estaba dirigido a don Juan de Mendoza y Velasco, una figura señalada en el entorno militar, capitán de lanzas y comisario general de la caballería de Milán. Nuestro fraile se propuso componer una epopeya en tres entregas, cuyo tema central, según se anunciaba en el «Prólogo al lector», había de ser el conflicto que se había abierto cuando Enrique IV de Francia declaró la guerra a España el 16 de enero de 1595. De la segunda y tercera partes, si es que llegaron a escribirse, no tenemos noticia alguna, y al asunto borgoñón solo se alude como un fondo de futuro a lo largo de las trescientas noventa y siete octavas que, repartidas de manera desigual entre seis cantos, conforman la obra. Lo cierto es que esta primera parte solo se ocupa de la toma de Bricherasio, partiendo de la pauta que el alférez había marcado con su poema, por más que Hermosilla se esforzara en marcar distancias con él.

Ambos textos coinciden en ofrecer un testimonio preciso del conflicto y rinden un homenaje al valor de las armas españolas. En el caso del alférez Sánchez, destaca la voluntad decididamente cronística, que venía a confirmar el epígrafe que había elegido para su obra, ese de «relación», una palabra marcada en la época para designar un género de textos breves que referían sucesos próximos en el tiempo. Frente a ese papel cercano al del cronista de guerra, lo retórico, lo ficticio y lo literario ocupan un espacio mucho más importante en la escritura del fraile cisterciense, como ya anunciaban las resonancias transparentemente moriscas que se apuntan en el nombre con que presentó *El valeroso Zaide*.

La singularidad literaria de ambos textos, la rareza bibliográfica de uno y la condición inédita del otro justifican la edición crítica que aquí se ofrece de ambos, pero también el hecho de que constituyan un extraordinario testimonio histórico para entender un episodio que hoy puede parecer menor, pero que tuvo un muy considerable alcance en el complejo panorama de la política europea de finales del siglo XVI, cuando el reinado de Felipe II se acercaba a su fin.

1. EL ECO DE OTRAS GUERRAS

La toma de Bricherasio fue evento menor en las guerras francesas de religión, que implicaron a bastantes potencias europeas, marcando la deriva política en la segunda mitad del siglo XVI. Todo había empezado años atrás, cuando, en 1559, se firmó el tratado de Cateau-Cambresis. Entre otras muchas resultas, el acuerdo dio lugar a la consolidación del ducado de Saboya bajo el gobierno del duque Emanuele Filiberto y su matrimonio con Margarita de Francia, hija

de Francisco I, que le permitió, con el apoyo de España, fortalecer un amplio territorio a ambos lados de los Alpes, hasta convertirse en un pequeño estado.¹

Carlo Emanuele, como hijo único de Emanuele Filiberto, heredó el ducado paterno en 1580 y, con apenas dieciocho años, tuvo que hacerse cargo del gobierno de un territorio muy extenso, cuyas fronteras estaban en constante cambio.² El joven duque se impuso la obligación de abrirse un hueco en la política internacional, recuperar el marquesado de Saluzzo, que, a pesar de ubicarse en pleno Piamonte, estaba en manos de Francia, y consolidar su poder en los antiguos territorios franceses de su señorío. Y también aspiró a ser reconocido como rey, pues no en vano era hijo de una princesa de Francia. No era moco de pavo, y el primer movimiento que hizo para realizar esos propósitos fue el de buscar una alianza con la Corona española por medio de un matrimonio. Tras sus desposorios en 1585 con Catalina Micaela de Austria, hija de Felipe II, unió su destino al del soberano más poderoso de Europa, con la intención de que este respaldara sus proyectos.

Este enlace fue recibido en Francia con notable disgusto.³ En primer lugar, porque Saboya era un territorio estratégico para los intereses de la Corona gala en Italia, en un momento en que el Francia se veía debilitada por las guerras de religión.⁴ El matrimonio, además, significaba el alineamiento de Saboya con la política española y acceso abierto para los españoles en el camino que conectaba Italia con Flandes y que fue un instrumento logístico esencial para la hegemonía militar de los Austrias.⁵

Aprovechando esa alianza y el desconcierto francés, el duque ocupó el marquesado de Saluzzo a finales de septiembre de ese mismo año sin previa declaración de guerra. El movimiento significó una sorpresa incluso para la corte española, y el 5 de diciembre de 1588 Felipe II escribía a su hija Catalina deslizando una queja por las ambiciones excesivas de su marido: «Nunca pensé que el duque tomara una resolución tan grande sin darme parte de ella primero».⁶ Bien es verdad que el duque había solicitado el asenso del papa Sixto V y que luego intentó justificar el acto con móviles estrictamente religiosos, presentándose como un adalid del catolicismo. Así lo apuntaba un historiador contemporáneo como Antonio de Herrera y Tordesillas:

¹ Cfr. Quazza (1960), Merlin (1995) y Merlotti (2007).

² Sobre Carlo Emanuele I, véanse Raulich (1896-1902), Castronovo (1977), Merlin (1991), Minola (2000) y Bombín Pérez; y en torno al período político de su gobierno, Rosso (1994 y 1999).

³ Cfr. Merlin (1998, 2004 y 2010).

⁴ Cfr. Ruiz Ibáñez (1998, 2003 y 2004) y Vázquez de Prada (2004).

⁵ Véanse al respecto Pernot (2001), Parker (2005) y Martínez Laínez (2007).

⁶ Bouza (1998: 160-161). Sobre la anexión Saluzzo a Saboya y su impacto político, véanse Armstrong (1907: 415-416), Cano de Gardoqui (1962), Minola (2000: 9-17) y Merlin (2004).

Envió esta gente a ocupar todos los demás lugares del marquesado y él se fue a Turín; y sin quitarse las espuelas, luego mandó llamar al nuncio apostólico y a los embajadores de España, de Venecia y al agente de Francia. Y demás de haberles dicho las razones que quedan referidas, dijo que le constaba muy claramente de las inteligencias de los hugonotes con los ministros del rey y que la bajada de ellos en el marquesado no era para correr y robar la tierra, como otras veces habían hecho, sino para tomar pie y introducir en Carmañola un ministro principal de Ginebra y hacer otra Ginebra en Italia; y que en el mismo tiempo trataban de robarle dos plazas principales de su estado, que eran Pinarol y Cuni, y que por esto no había podido diferir lo que había hecho. De todo lo cual dijo que había dado cuenta al papa con correo, y rogó a los otros embajadores que diesen cuenta de ello a sus príncipes, en especial al agente de Francia, haciendo el oficio que convenía al servicio de su majestad cristianísimo.⁷

Los demás estados italianos no vieron con buenos ojos un movimiento que rompía su delicado equilibrio, y el cristianísimo rey de Francia no lo tomó, desde luego, como un servicio a su persona. Fermín López de Mendizorroz hizo revista de esas reacciones políticas en sus *Observaciones de la vida del condestable Juan Fernández de Velasco*:

Juntó los embajadores y les dio cuenta de lo hecho, justificándolo con el celo de la religión católica y motivos de La Diguera, el bien común de Italia y particular de aquellas provincias, y el deseo de conservar aquel estado en la obediencia de la corona de Francia, en cuyo nombre protestaba que le tendría. Respondió el obispo de Fano, nuncio del Papa, alabando el celo del duque y aprobando su resolución y anticipándose a darme las gracias por ella en nombre de su santidad, entre tanto que tuviese comisión particular para esto. Don Jusepe de Acuña, embajador de España, con más demostración de sentimiento que de alborozo ni lo aprobó ni condenó, y hablo templadamente, reservando la respuesta al orden que tendría de su rey, después que le hubiese dado cuenta de ello. Mos de Héstor respondió libre y arrojadamente, encareciendo la afrenta hecha al rey cristianísimo en sazón que se hallaba apretado dentro de su reino, y que el duque por el deudo, amistad y fe pública, debiera tomar a su cargo la defensa del marquesado contra cualquiera extranjero. Hizo grandes protestas por la corona de Francia y su rey, a quien dijo que había escrito lo que pasaba, y que se lo escribiría de nuevo. Echósele de ver al de Venecia en el semblante el dolor del ánimo, mas el razonamiento que hizo fue breve y moderado.⁸

⁷ *Historia de los sucesos de Francia*, f. 63 r-v.

⁸ López de Mendizorroz, *Observaciones*, pp. 27-28.

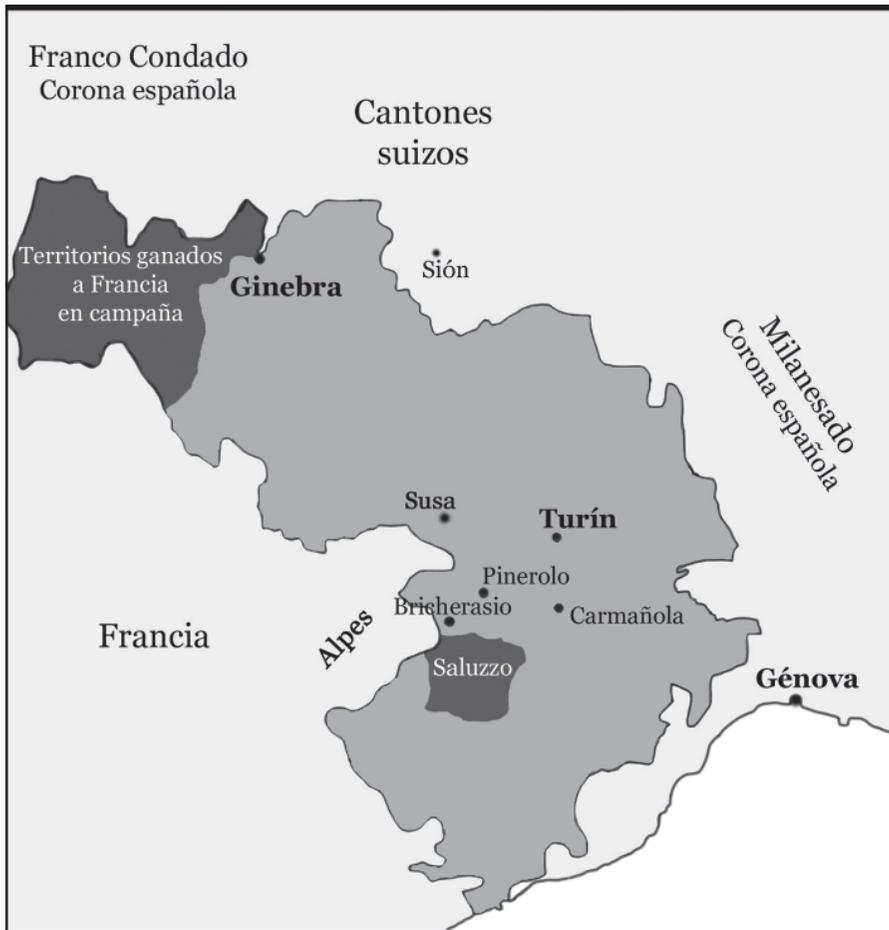


Figura 1. Saboya a finales del siglo xvi.

Con el apoyo de Enrique de Navarra, Enrique III promovió un ataque de los protestantes suizos contra las fuerzas de Saboya en la primavera de 1589, que el duque pudo rechazar y al que respondió conquistando algunos territorios que habían pertenecido a su ducado [fig. 1].⁹

La muerte de Enrique III en agosto de 1589 no hizo sino enconar la situación, abriendo el problema de la sucesión al trono. El bando protestante postuló a Enrique de Borbón, rey de Navarra; Felipe II presentó la candidatura de su hija Isabel Clara Eugenia, como nieta de Enrique II; y Carlo Emanuele no descartó ocupar él mismo el trono, alegando que era hijo de Margarita de Valois. Ese río revuelto parecía la ocasión propicia para lograr la corona real a la que llevaba aspirando desde tiempo atrás, demandando para sí el título de rey de Chipre.¹⁰ El trono francés se antojaba un afán ambicioso en demasía, pero cabía al menos la posibilidad de aprovechar la fragilidad del reino, alimentar su desmembramiento y hacerse con el dominio de territorios colindantes con los suyos, en especial los del Delfinado y la Provenza.

Con esa intención, los saboyanos tomaron en 1589 la fortaleza de Exilles, paso obligado en el camino hacia Francia. Al año siguiente, el ejército del duque entró en Provenza y, en una rápida campaña, tomó varios lugares estratégicos, ocupando Aix en Provence en noviembre de 1590.¹¹ La incursión puso en guardia al que había de ser el más firme enemigo militar de Carlo Emanuele en los siguientes años, François de Bonne, duque de Lesdiguières, cabeza de los hugonotes en el Delfinado, que con el tiempo llegaría a ser mariscal de Francia y condestable del reino. Lesdiguières —Ladiguera en nuestros poemas— desplegó en esos años una extraordinaria destreza táctica para la guerra en territorios montañosos, que supo aplicar en sus enfrentamientos contra los de Saboya, gracias, entre otras cosas, a una tropa ya curtida en las guerras de religión. Por eso casi de inmediato reaccionó a la invasión de la Provenza, y en diciembre de ese mismo año se hizo con la villa de Grenoble, que estaba en poder de los católicos saboyanos, a los que volvió a derrotar al año siguiente, en septiembre, en la batalla de Pontcharra, que frenó las aspiraciones francesas de Carlo Emanuele.

Quedó claro que Saboya no podía afrontar una campaña de esa envergadura sin el apoyo español, y Felipe II no parecía muy dispuesto a respaldar los apetitos expansivos de su yerno. Por si fuera poco, el panorama se tornó más oscuro, pues Lesdiguières entró en el Piamonte, iniciando un conflicto que habría de durar hasta 1601. A finales de septiembre, el general hugonote irrumpió en Saboya, tomó fácilmente Perosa y se dirigió a Pinerolo, sin llegar a doblar sus

⁹ Cfr. Minola (2000: 16) y Merlin (2004: 34).

¹⁰ Cfr. Magdaleno (1961: 173, 189 y 191).

¹¹ Cfr. Armstrong (1907: 416) y Minola (2000: 17).

defensas. Mediado octubre, cayó sobre Bricherasio, la plaza de la que luego se ocuparon nuestros dos poemas, y el 1 de noviembre hizo jurar a sus habitantes fidelidad al rey francés.¹² Se hizo a continuación con el fuerte de Torre Pellice y el de Mirabocco, aunque fracasara en su intento de tomar Susa. Sí triunfó, sin embargo en su asedio a la fortaleza de Cavour, que cayó en manos francesas el 6 de diciembre de 1592.¹³ En algo más de un mes, Lesdiguières y los suyos se habían hecho con varias plazas estratégicas en el oeste de Saboya, que facilitaban la defensa de los intereses franceses en Italia, incluyendo la ansiada recuperación del marquesado de Saluzzo.

Solo unos meses después, en la primavera de 1593, Carlo Emanuele I quiso contrarrestar la acción de su enemigo y se adentró en el Delfinado con apoyo español. No obstante, el 7 de junio fue de nuevo derrotado por Lesdiguières en la jornada de Salbertrand, donde además murió don Rodrigo Álvarez de Toledo, general del contingente hispano. Se añadió un hecho inesperado, que cambió por completo el curso de todos esos conflictos. El 25 de julio de 1523 Enrique de Navarra abjuró de su fe protestante y abrazó la religión católica, logrando atraer a un buen número de antiguos enemigos. Casi de inmediato, el 31 de ese mismo mes firmó un acuerdo con la Liga Católica, que indirectamente incluía a España. El de Saboya quedó entonces solo y se apresuró a firmar él mismo una tregua de tres meses con Lesdiguières. En realidad, el duque venía buscando ese pacto desde tiempo atrás,¹⁴ acaso para presionar a la Corona española, que pretendía mantener las hostilidades, aunque a la espalda de su aliado piemontés.¹⁵

Enrique de Borbón logró ser coronado en Chartres el 27 de febrero de 1594 como Enrique IV de Francia y solo un mes después, el 22 de marzo, entró triunfalmente en París, alcanzando de este modo la unificación del reino en torno a su persona. A pesar de ello, seguía siendo un hereje, pues pesaba sobre él la excomunión que le había lanzado Sixto V. El entonces pontífice Clemente VIII envió como nuncio a Francia a Filippo Sega, cardenal de Piacenza, para tantear el terreno. Entre tanto, el conflicto militar seguía abierto en los Alpes. Con la intención de frenar el acceso francés a Italia, la Corona española se avino a apoyar al duque de Saboya, esta vez de manera más abierta, otorgándole el mando de un considerable ejército. La intención de Felipe II era restablecer el orden en la frontera con Francia, aun cuando Carlo Emanuele pretendiese conquistar

¹² *In Bricherasio, al cospetto di Francesco Bonne, duca di Lesdiguières, consigliere di Enrico IV, re di Francia, i signori del Pinerolese e valli, fra i quali Giorgio Cacherano, Gaspare di Castelvecchio ed Antonio Signorio e Giuseppe Caliero e Bernardino Ricca, sindaci del Comune di Bricherasio, giurano fedeltà al nuovo sovrano* (1 novembre 1592). Cfr. Bollea (1928b: 254-256).

¹³ Cfr. Minola (2000: 17-21).

¹⁴ Cfr. Magdaleno (1961: 187, 188, 190 y 191).

¹⁵ Cfr. Fratini (2004: 44).

Briançon y el Prigelato. Pero España consideró que la guerra debía limitarse al territorio piemontés para recuperar las plazas fuertes que dos años antes habían ganado los hugonotes.

En el otoño de 1594, el duque se lanzó sobre la fortaleza de Bricherasio y, tras un mes de asedio, la rindió. Precisamente durante el cerco a la ciudad, el cardenal Sega, a su regreso de Francia, se empeñó en entrevistarse con él, acaso para adelantarle los resultados de su legación. Ante la posibilidad de un cisma en la iglesia francesa, el nuncio había aconsejado a Clemente VIII que conviniera en la absolución del rey Enrique, medida que terminaría por adoptar el 17 de septiembre de 1595. El pontífice planteó asimismo una paz entre España y Francia, pero las intenciones del cristianísimo eran otras,¹⁶ y tampoco pasaban por reconocer a Saboya la posesión del marquesado de Saluzzo.

La guerra estaba lejos de concluir. El duque de Saboya reconquistó la roca de Cavour y Enrique IV declaró oficialmente la guerra a España, con el apoyo de Inglaterra y de las Provincias Unidas.¹⁷ Lesdiguières aprovechó para recuperar la plaza de Exilles en enero de 1595, con una reacción fallida del duque Carlo Emanuel, que, no obstante, se hizo con el fuerte de la Charbonniere.¹⁸ A su vez, el gobernador de Milán, don Juan Fernández de Velasco, entró en Francia en la primavera de ese mismo año, abriéndose una guerra con dos frentes, uno en el norte, en la frontera francesa con los Países Bajos, y otra entre el Franco-Condado y Borgoña. Fueron años de desgaste militar, en los que los ejércitos españoles lanzaron varias campañas contra los aliados anglo-franceses, tomando en 1595 Doullens, Le Catelet y Cambrai, haciéndose al año siguiente con Calais y Ardres, y ocupando Amiens en 1597. Los franceses, por su parte, frenaron a Fernández de Velasco en Fontaine-Française el año de 1595 y el duque de Essex saqueó Cádiz en 1596, sin que ninguno de esos lances resultara decisivo.¹⁹

El duque de Saboya había logrado firmar una tregua en 1595, que se mantuvo hasta la primavera de 1597.²⁰ Francia aprovechó para reclamar sus derechos sobre el marquesado de Saluzzo y, ante la negativa de Saboya, Lesdiguières entró de nuevo en el territorio al comienzo de ese verano, reanudando el conflicto en el valle del Arco, el de Susa y el Prigelato, hasta que en octubre el duque Carlo Emanuel enfermó con cierta gravedad de fiebres tercianas. Se corrió la

¹⁶ Sobre la excomunión, conversión y absolución de Enrique IV por parte de Clemente VIII, véanse Minola (2000: 31), Tellechea Idígoras (2001), Vázquez de Prada (2004: 435-439) y Lauer (2019: 618).

¹⁷ Cfr. Vázquez de Prada (2004: 443) y Lauer (2019: 616-618).

¹⁸ Cfr. Massi (1834: 108-109) y Minola (2000: 31 y 40).

¹⁹ Cfr. Castilla Soto y Rodríguez García (2011: 149), Pernot (2001) y Ruiz Ibáñez (2004: 17-18).

²⁰ Cfr. Merlin (2004: 47).

falsa noticia de su muerte, y la infanta Catalina, que estaba embarazada, sufrió un aborto que la llevó a la muerte el 7 de noviembre de 1597. Esa ausencia sería decisiva para las relaciones entre Saboya y España, pues, como ha escrito Pierpaolo Merlin, era «l'anello principale della catena che legava il principe sabaudo a Filippo II».²¹

La guerra franco-española se había convertido en un callejón sin salida; Felipe II, con la salud cada vez más mermada, era consciente de que sus aspiraciones a intervenir en Francia no concluirían en nada y Enrique IV, habiendo asumido que no cabía la derrota de la monarquía hispana, precisaba de la paz para consolidar su propia corona. Todo ello resultó decisivo para que en febrero de 1598 se iniciaran los contactos para alcanzar la paz gracias a la mediación del pontífice. Así lo refería Antonio de Herrera y Tordesillas en 1606:

Llegado pues el negocio a punto de enviar comisarios para el trato de esta paz, fueron a ella por parte del pontífice Alejandro de Médices, cardenal de Florencia, legado apostólico, y fray Francisco de Gonzaga, obispo de Mantua, nuncio de su santidad, y el general fray Buenaventura Calatagirona. Por parte del rey de Francia fueron nombrados el señor de Grigión Pomponio Beliembre, de su consejo de estado, Niculás Budart, señor de Selleri, presidente de la corte del parlamento de París. Por parte del archiduque fueron nombrados don Fernando Carrillo, del consejo supremo del rey católico y de la cámara, y Juan Ricardoto, presidente del consejo privado del archiduque, el comendador Juan Bautista de Tassis, del consejo de estado en Flandes, y Luis Verreyquen, secretario; y habiéndose acordado que se juntasen en la villa de Vervins, en los confines de Picardía, lugar cómodo para todos, aunque se platicaba del negocio, no cesaban las manos, porque siempre se continuaba en hacer robos, cabalgadas y otros hechos de guerra.²²

Uno de los que así lo hicieron fue el duque de Saboya, que intentó conseguir una posición de fuerza en las negociaciones gracias a sus movimientos militares con la toma de Charbonniere o la ocupación de Morienna y Berre.²³

Españoles y franceses llegaron con relativa facilidad a un acuerdo, que se firmó el 2 de mayo de 1598. España reconocía a Enrique IV como legítimo rey de Francia y se restituía el estado de las cosas a lo pactado en 1559 con la paz de Cateau-Cambrésis. Abandonaba, además, las plazas ganadas en esos años de guerra y, en especial, el importantísimo puerto de Calais. Aun cuando todo se presentase como una victoria del catolicismo, la Corona española había

²¹ Merlin (2004: 54).

²² Herrera, *Tercera parte de la historia general del mundo*, p. 754.

²³ Cfr. Botta (1868: 167-168) y Merlin (2004: 55).

hecho un desmesurado esfuerzo sin obtener ninguna ventaja real.²⁴ El duque, por su parte, había mandado a Vervins a Gaspard de Genève, marqués de Lullin, como su representante, que planteó la cuestión de Saluzzo. Al respecto escribió Herrera y Tordesillas: «La mayor dificultad que se hallaba era lo que tocaba al marquesado de Saluzzo, porque el rey de Francia le quería y el duque de Saboya, que le poseía, no le quería dejar, alegando al rey el duque los derechos que cada uno tenía».²⁵ Tan es así, que, para evitar que un concierto de tal trascendencia terminase en fracaso, se acordó remitir al arbitraje del papado para su solución, posponiéndola durante un año. Así se estableció entre los puntos finales del acuerdo, tal como recogió Philippe de Mornay en sus *Memorias*:

Et, pour le surplus des aultres differends qui sont entre ledict seigneur roy très chrestien et ledict sieur duc, lesdicts deputés aulxdicts noms consentent et accordent pour le bien de la paix qu'ils soient remis au jugement de nostre saint pèr Clément VIII, pour estre vuidés et decidés par sa sainteté dedans ung an, a compter du jour et date de ces presentes, suivant la response du dict seigneur roy, baillé par escrit le 4 juin dernier ci a prés inserée; et ce qui sera ordonné par sa sainteté sera entièrement accompli et executé de part et d'autre sans aucune longueur ni difficulté, soubz quelque cause ou pretexte que ce soit, et cependant, et jusques à ce qu'autrement en soit décidé par nostre saint pèr le pape, demeureront les choses en l'estat qu'elles sont à présent sans y rien changer ni innover.²⁶

El pontífice, paralizado por las posibles consecuencias de su decisión, fue demorándola, hasta el punto de que el duque Carlo Emanuele intentó llegar personalmente a un acuerdo con Francia a finales de 1599. Las exigencias de Enrique IV resultaron inaceptables y, a pesar de una nueva intervención papal, se reabrió el conflicto cuando, en agosto de 1600, los franceses tomaron Chambéry, en Saboya, y ya en noviembre Montmélian. Solo el apoyo de las tropas españolas pudo detener el avance francés hacia el Piamonte.²⁷ En esa situación se retomaron las negociaciones, y el 17 de enero de 1601 se firmó finalmente el tratado de Lyon. Una vez más, la mediación papal fue decisiva para que el duque consintiera en entregar Casteldelfino, Bresse, Bugey, Valromey y Gex, consiguiendo a cambio que Francia renunciara a las fortalezas en el Piamonte y manteniendo bajo su autoridad el marquesado de Saluzzo.²⁸ España también sacó tajada, pues el acuerdo salvó sus intereses en el camino que conectaba Flandes con Italia.

²⁴ Cfr. Parker (2010: 930). Sobre la paz de Vervins, véanse Vidal y Pilleboue (1998), Labourdette, Poussou y Vignal (2000) y Gelabert González (2012).

²⁵ Herrera, *Tercera parte de la historia general del mundo*, p. 756.

²⁶ Duplessis Mornay (1824: 444-445).

²⁷ Cfr. Merlin (2004: 57-59).

²⁸ Cfr. Carutti (1901).